

Colección ARIEL

Vol. 3 — Nº 10

DIRECCION: Casilla 533, San José, Costa Rica.

Madre

Durante los ocho días que pasó María en el establo de Belén no tuvo que preocuparse por nada. Los pastores le llevaban queso, frutas, pan y leña para encender la lumbre. Sus mujeres y sus hijos prodigaban toda clase de cuidados á la madre y al niño. Además, los tres reyes magos dejaron un montón de tapices, telas preciosas, joyas y vasos de oro.

Al cabo de una semana, cuando ya pudo andar, decidió volver á su casa de Nazareth. Algunos pastores deseaban acompañarla, pero ella les dijo:

—No quiero que por nosotros dejen ustedes sus campos y rebaños. Mi hijo nos conducirá.

—Pero, dijo José, vamos á dejar aquí los presentes de los magos?

—Sí, replicó María.

Y distribuyó á los pastores los presentes de los magos.

—No podríamos llevarnos ni siquiera una parte pequeña?—repuso José.

—Para qué los necesitamos?—respondió María —poseemos uno más valioso.

Hacía mucho sol en el camino, María llevaba el niño en brazos; José cargaba una cesta con ropa y algunas modestas provisiones. A medio día se detuvieron á sestear muy fatigados á la sombra de un bosque.

En el momento, por detrás de los árboles, salieron varios angelitos colorados y mofetudos, con dos alitas en la espalda, que les servían para revo-

lotear ó para hacer sus pasos fáciles y ligeros. Eran listos y más vigorosos de lo que podría suponerse á juzgar por su poca edad y su cuerpecito.

Ofrecieron á los viajeros un cántaro de agua fría y una buena provisión de frutas que habían cortado quién sabe donde.

Cuando la santa familia emprendió de nuevo el camino, la siguieron los ángeles. A José le ayudaron con la cesta, pero María no quiso confiarles el niño. Llegada la noche, los ángeles arreglaron lechos de musgo bajo un gran sicomoro y velaron toda la noche el sueño de Jesús.

María llegó á su casa de Nazareth, situada en una callejuela populosa; casa blanca, plana de techo, con una terracita cubierta, donde José tenía instalado su taller. Los ángeles no les habían abandonado y seguían prestándoles toda clase de servicios. Cuando el niño lloraba, uno lo mecía suavemente; otros tañían sus arpas ó en caso necesario, le mudaban pañales en un santiamén. Muy temprano aseaban la casa y después de las comidas se llevaban prontamente los platos y las escudillas para lavarlos en la fuente cercana. Cuando la Virgen iba al lavadero, tomaban la ropa, se la repartían, golpeaban alegremente las telas mojadas, las ponían á secar en las piedras y luego las volvían á casa. Cuando María, hilando en su rueca, se quedaba dormida por el mucho calor, sin despertarla, concluían la tarea.

También con José tenían muchas atenciones. Le alistaban su herramienta y le ayudaban á guardarla después del trabajo, y barrían las virutas y el serrín para que el taller estuviese siempre limpio.

Así, tan atendida por los ángeles y no teniendo nada qué hacer, María se fastidiaba y oraba más y más, siempre reflexionando acerca de esta situación. Una mañana, al levantarse, vió á los ángeles ocupados en asear la casa, les quitó la escoba y los despidió aparentando enojo. Volvieron después de la comida y trataron de levantar la mesa, pero dió un capirotazo á uno de ellos y to-

dos se pusieron en fuga. Volvieron poco después. Cuando la Virgen hacía sus preparativos para hilar, un ángel trató de apoderarse de su huso; ella lo persiguió, amenazándolo, hasta el taller de José. Al cabo de una hora, mientras cosía sentada cerca del niño, notó que dos ángeles se habían deslizado bajo la cuna y la movían disimuladamente. Ella se levantó, los echó fuera y cerró tan prontamente la puerta que uno de los ángeles quedó prendido de un ala y lanzó un grito. María le soltó, y le dijo: Bien merecido lo tienes por andarte metiendo en lo que no debes. Avisa á tus compañeros y no vuelvan por estos lugares.

—Vamos, dijo José, por qué echas fuera á todas estas buenas gentecillas? me parece que nos prestan importantes servicios.

—Precisamente por eso, respondió María.

—No te entiendo, replicó José. Desde el momento que tu hijo es el Mesías, es muy natural que los ángeles le sirvan y, que la madre se aproveche de la ocasión.

—Oh! dijo María, vaya una observación falta de delicadeza.—No sabes que el Mesías viene al mundo para sufrir con los hombres, y, por consiguiente para soportar todos los males que es natural que esperimenten los niños? Verdad es que yo debo suavizar en cuanto esté en mi mano estas molestias, supuesto que soy su madre; pero no sé á cuenta de qué vienen otros á encargarse de mis asuntos. Acaso las otras madres no cuidan con sus propias manos á sus chiquitines? No sería cobardía de mi parte renunciar á mis labores maternales? Por lo pronto, te puedo asegurar que á mi hijo le gusta más ser cuidado por mí que por esos monigotes con alas; y sé que me asocio más á su voluntad redentora aceptando las penas como las otras mujeres y soportando toda la condición humana. Sí, quiero ser yo sola la que envuelva en sus pañales á mi hijo, yo sola la que me entienda con la casa y la que hile en la rueca y la que vaya al lavadero... Y como todos estos son trabajos insignificantes que me causan un verda-

dero placer, no hay en ello mérito de mi parte; pero sería culpable si tolerara que los ángeles usurparan mi puesto... Comprendes ahora?

—Me parece que sí, hija mía... mas, entonces va á ser preciso que yo renuncie también á los ligeros servicios que los ángeles me prestan de vez en cuando?

—Indudablemente, amigo mío.

—Yo había entendido, sin embargo, que el ser marido de la madre del Mesías daba algunos derechos. Pero debes de tener razón, porque eres más inteligente y sabia que yo, á pesar de que tengas quince años y yo sesenta.

Ahora bien, como á la siguiente noche el niño Jesús lloraba sin poder dormirse, se oyó de pronto en la calle una melodía ligera y de estremada dulzura.

Abrió María la puerta, y vió á la luz de la luna, en fila contra las paredes de la casa, muchos ángeles que tocaban con unas arpas diminutas.

—Otra vez? les dijo ella. Y si á mi hijo no le da gana de dormir? Sobre todo, no estoy aquí yo que soy su madre?... Os largáis ó me enfado.

A la mañana siguiente no aparecieron por todo aquello; pero al otro día María les vió en el patio agrupados debajo de la higuera, tímidos, avergonzados y llorando en silencio.

—Angelitos míos, díjoles ella, puedo pareceros demasiado severa porque estáis muy chiquillos para comprenderme. Mas oíd: la vieja Séfora que está enfrente está paralítica. Un poco más lejos está la pobre Raquel, que tiene doce hijos y que pasa la pena negra para criarlos. Y en Nazareth podréis encontrar muchas otras mujeres pobres. Y bien, á ellas debéis ayudarles á arreglar la casa, á lavar la ropa y á cuidar á los niños... Si queréis dar gusto al mío, ese es el modo de conseguirlo.

Y viendo que arrugaban las naricillas dando señales de tristeza, añadió:

—Cuando esté más grandecito, pueda ser que os dé permiso de jugar con él... Pero, por ahora, haced lo que os mando.

Y ese año todas las mujeres pobres y enfermas

que había en Nazaret fueron ayudadas y todos los niños mecidos por servidores invisibles (porque solamente José y María veían á los ángeles); y los bebés no lloraron más, excepción hecha del niño Jesús que quería sufrir por ellos.

Jules Lemaitre

(De *En marge des Vieux Livres*, Vol. II).

El Eter

Antiguamente se creía que el Eter fuese un Dios y que la Tierra, el Cielo, el Mar, fuesen sus hijos; después, la evolución de la idea del Eter permitió que en los himnos de Orfeo se le considerase como el alma del mundo, de la cual emana la vida; y algunos antiguos filósofos griegos participaron de esta misma opinión.

Mas tarde, sin embargo, se le consideró como el amplio espacio del cielo, como el asiento de los dioses, entre los cuales Júpiter era el soberano y la personificación misma del Eter.

Muchos poetas lo juzgaron como una divinidad independiente de las otras, aun del mismo Cielo—una divinidad que se llamó entonces *Celo*—y para el mismo Virgilio fue el soberano de la naturaleza, que en la primavera desciende del cielo é internándose en el seno de la tierra, la fecunda.

Hoy, el Eter, aun conserva poéticamente un significado metafórico: el de cielo, de aire; químicamente considerado, es un líquido muy volátil, inflamable, de un olor penetrante, compuesto de hidrógeno, carbono y oxígeno; físicamente considerado, es un fluido sutilísimo, imponderable, (1) muy elástico, que se escapa á toda investigación, pero que compenetra la Naturaleza y llena el espacio.

Nos apremia mucho más establecer el significado físico del Eter, como que tiende á darnos una idea más amplia y más verdadera, y por eso nos limitaremos á hablar de él sólo desde este punto de vista.

Para los físicos, pues, el Eter es una materia fluida, sutilísima, imponderable, sumamente elástica, que colma el espacio infinito.

Sabemos cuánto excede el *Espacio* á los límites de nuestra fantasía, y cómo permanece por encima y bien lejos de toda concepción; en consecuencia, también el Eter, que llena por completo el espacio, se halla bien

(1) Que no puede pesarse.

distante de lo que podemos imaginar, en toda la infinidad del infinito que somos capaces de concebir.

Pero nosotros, levantando los ojos al cielo, vemos una parte del infinito tachonada de innumerables estrellas; pues bien, ninguna de esas luminarias está suspendida en el vacío, como vulgarmente se cree, sino circundada de Éter. Es como si todas las estrellas que vemos, y todas las que no vemos, estuvieran navegando en medio del Éter.

El Éter regula la fuerza de atracción, propaga el calor, la luz; por decirlo así, establece cierta comunicación entre unos astros y otros: sin el Éter sería imposible la vida de cada astro, porque el aislamiento absoluto de los demás astros lo mataría. Un astro circundado por el vacío, si eso fuera posible, no podría vivir más porque no se hallaría en aptitud de recibir la influencia de los astros restantes: en la vida cósmica, también la vida del uno está regulada por la de los otros.

Es inconcebible, pues, un solo punto del universo sin el Éter: de un astro al otro hay Éter: él Éter llena los espacios interplanetarios.

Pero el Éter no solo se halla entre los planetas, en sus contornos, sino también dentro de ellos: el Éter llena los espacios intermoleculares.

Está dentro y fuera de nosotros, en torno nuestro. Si calentamos un fierro, entre sus moléculas dilatadas por el calor, se introduce el Éter; si analizamos un objeto cualquiera, en la separación de todos sus elementos, en la continua reducción de las moléculas, de los átomos de cada elemento, jamás llegaremos á la nada, sino al Éter: al Éter que se escapa á todos nuestros análisis, que se sustrae á todas nuestras investigaciones, que si- guiendo siendo el punto ignorado, el problema no resuelto que celosamente oculta en sí el origen de la vida.

Todo es accesible para el Éter, como que por doquiera se encuentra: llena, como ya se dijo, los espacios celestes, que sobrepasan á nuestra imaginación, por su excesiva grandeza; llena los espacios intermoleculares, que se escapan á lo que podemos suponer, por su excesiva pequeñez. Todo lo llena y en todo se introduce. Se encuentra en los espacios ignorados, como dentro de la leña, la piedra, el hierro, todas las cosas.

Qué cosa es, pues, el Éter? La esencia de la vida; y también el origen de la vida; porque sin el Éter no existiría tampoco la materia ponderable. ⁽²⁾

En efecto, es el Éter el que, mediante procesos químicos, llega á formar los otros estados de la materia; los cuales, mediante disgregamientos y disoluciones, de nuevo vuelven al estado de Éter.

Y en este sentido, inconscientemente, también tuvieron razón los antiguos cuando creyeron que la Tierra

(2) Que puede ser pesada.

era hija del Éter: conscientemente, nosotros, ateos, tenemos razón de creer en la inmortalidad de la materia, incluyendo esta de que nosotros mismos estamos formados.

Y es bello, para un verdadero ateo, el pensamiento de que la materia que compone su cuerpo no perecerá jamás! Y es bello el pensamiento de que se pueda volver aún al estado de Éter, y vagar así por el infinito, y transmitir el calor, la luz! Es bello sentirse parte de este inmenso Todo, que ni siquiera podemos imaginar; pero que nos conforta con el pensamiento de una transformación continua, rechazando de este modo el fastidio de una eternidad divina!

Mario Urso

(Traducido de *L'Universita Popolare*, Milano, octubre de 1909).

Hermanos ! ⁽¹⁾

Mientras haya esclavos,
 mientras haya hambrientos,
mientras de la vida
 sobre el campo yermo
florezcan los duros
 cardos del tormento;
mientras los dichosos,
 mientras los perversos
triunfen en las lides
 del humano empeño
con el fácil triunfo
 de sus puños recios;
mientras haya seres
 que giman opresos
sin pan, sin abrigo,
 sin luz, sin consuelo,
uncidos al yugo
 del dolor eterno,
dolientes, marchitos,
 exhaustos, enfermos;
mientras haya madres
 de escuálidos senos,
con hijos que lloren
 por el alimento
que no logran darles
 con sus mustios besos;
mientras la llamada
 Justicia, sus yerros

(1) Poema leído en la manifestación Pro-Ferrer, celebrada por obreros y estudiantes en esta ciudad, en la noche del sábado 23 de octubre de 1909.

ó sus ignominias
 derrame en el predio
del dolor que ruje
 desnudo y sediento,
se alzarán los gritos
 del estercolero
en que Job se pudre,
 ese Job moderno
que ya no recoge
 su verbo blasfemo
para arrodillarlo
 cerca del ensueño
de una falsa gloria,
 de un mentido premio.
Si se tiraniza,
 si el sol del derecho
ya es un sol vedado
 para el triste pueblo
que arrastra sus penas
 por entre el silencio
de la tenebrosa
 noche de sus éxodos,
mientras los que mandan,
 gordos y repletos,
se entregan á todo
 género de excesos,
hartos de venturas
 y de honores llenos,
¿por qué cuando estallan
 con fragor los truenos
de las ansias locas,
 de los rojos sueños
que azotan airados
 tantos pensamientos
proletarios, tiemblan
 los fuertes gobiernos,
y desencadenan
 sus feroces miedos
y quebrantan vidas
 y mutilan cuerpos
y todo lo arrasan
 como locos vientos
que soplaran sobre
 bosques de esqueletos?

Chacales humanos,
 déspotas con miedo!
Seguid esquilmando
 nuestros campos secos.
Erigid cadalsos,
 inventad tormentos,
que en el sitio mismo
 donde el brazo vuestro

sacrifica un Cristo,
veinte Cristos nuevos
se alzarán más fuertes,
se alzarán más fieros
con la antigua fusta
que al tocar los cetros
los hará en pedazos
rodar por el suelo.

La *Escuela Moderna*
seguirá viviendo,
seguirá alumbrando
erguida á despecho
de vuestras condenas;
vengará á sus muertos
y hará con las bombas
de su pensamiento,
polvo las guaridas
donde los lobeznos
del poder afilan
la garra en acecho.
No durmáis, ya es hora;
esperad despiertos,
lobos sanguinarios,
déspotas con miedo!

José María Zeledón

La mentira de la Historia

4

(Concluye. Véanse los tres números precedentes).

Viva la Historia sin Pasión, es decir, la Historia sin alma!

La tempestad queda prohibida en el cielo; el huracán queda prohibido en el mar; el Genio queda prohibido en los libros. En nombre de quién? En nombre de la Serenidad.

Oh, los cándidos dioses de la idiotia!

Para qué la pasión?

Un vuelo de águilas en un libro; eso es molesto. Encadenad las águilas; dejad libres las aves domésticas, los pavos, por ejemplo. No véis como son inofensivos? Son aves sin pasiones, ó, al menos, sin pasiones violentas. Ellos alborotan, pero no atacan. El historiador debe ser un pavo: pri-

mero, porque traga entero, es decir, no discierne, y segundo, porque no ataca, es decir, no juzga; juzgar quiere decir apasionarse; apasionarse indica el movimiento de defender ó de atacar, eso es indigno de la Historia, la Historia no se apasiona; la Historia no juzga, la Historia cuenta; qué cuenta? Lo que otros le han contado... La vieja cotorra impasible que es la Historia, qué de cosas nos cuenta desde su percha enmohecida! No os encanta ese cotorrismo histórico?... Pues ese es el ideal de los que predicán la Impasibilidad en Historia.

Habéis oído á un loro comentar sobre lo que os dice?—No. El loro no comenta porque el loro no discierne. He ahí el papel del Historiador según los sacerdotes de la Imparcialidad;

guerra á la Pasión!... Y sin pasión no puede haber Historia!

Quién, sin pasión, se atrevería á escribirla?

Los hombres y los hechos no pueden describirse sin pasión, porque de otro modo no pueden ser juzgados.

Qué es un hecho histórico? La resultante de un conglomerado de pasiones.

Y qué es un hombre histórico? Una pasión que actúa en la Historia. Cómo, pues, sin pasión, podríais juzgar esas cosas apasionadas y apasionantes de por sí?

Todo movimiento histórico, toda Revolución, han sido el estallido, la manifestación violenta y decidida de las pasiones de un pueblo; siempre ha sido una pasión la que ha movido una revolución, cuando no un huracán de pasiones, desencadenado en el cerebro y en el corazón de los hombres; cómo, sin pasión, seríais osados á entrar en ese laberinto, ó aptos á comprender y á juzgar el espíritu de una revolución ó siquiera fuese el de un motín?

Ciegos y sordos en ese caos de pasiones, pereceríais arrollados por ellas, sin haber podido asir el alma del acontecimiento que duerme en el fondo del tumulto.

Cómo podríais juzgar á los hombres históricos,

sin apercibir y comprender su *pasión*, que es el resorte oculto que los mueve?

Qué son Ciro, Darío, Xerxes, Alejandro, César, Bonaparte? Grandes ambiciosos que marchan por la Historia.

Si no tenéis la pasión de la Libertad, podréis comprender las almas de esos grandes Predeterminados de la Gloria, que son Bolívar, Washington, San Martín, Hidalgo, Morazán ó José Martí? Imposible!

Qué son esos hombres? La divina pasión de la Libertad que marcha por la Historia.

No os contagia su pasión heroica y el lúcido sonambulismo de su ensueño?

Entonces, renunciad á historiarlos; no los comprenderéis jamás; os falta la pasión que á ellos los hizo grandes; os falta todo;

el Genio es la Pasión; no me déis libros sin pasión, son libros sin alma, lejos del sol de la Verdad y de la caricia luminosa de la Vida; dadme esos libros apasionados que se escriben con el corazón en llamas y el alma estremecida por el torbellino vertiginoso de las pasiones, llenas del sopro devorador de la Verdad, de la Justicia, de la Libertad, desbordantes de Odio y de Desprecio heroicos por las villanías miserables de los hombres; un libro honrado, es decir, un libro apasionado basta para iluminar, no una conciencia, sino un mundo; sonora y luminosa epopeya intelectual es un libro apasionado; un libro bello con la belleza tormentosa y dolorosa de la pasión; el entusiasmo es pasión de hombres libres!

Oh angustia divina del Entusiasmo, que no nos faltes jamás!

Quién, sin tí, sería la antorcha inestinguible que iluminara el torbellino de los hombres y de los pueblos hacia el combate y hacia la muerte?

Libros de entusiasmo y de pasión son libros de sinceridad que van al alma en un flamear de incendio, y la iluminan, y la conquistan, y la devoran.

Los libros sin pasión son puñados de cenizas,

libros de muerte y para los muertos, que se encuentran en la confluencia del Silencio y del Olvido, sobre el río de la Eternidad...

Poseed toda la cantidad de infinito que hay en la pasión; agotadla en el mar brumoso y rugidor de las cosas pasadas, y vertedlo sobre los tiempos presentes y aquellos por venir, como una gran catarata despeñada de las cumbres oscuras y remotas de lo Eterno!

Apasionaos por la Epopeya, con Homero; por la Patria, con Píndaro; por la Justicia, con el Dante; por la Libertad, con Alfieri, por el Derecho, con Hugo; por la Muerte heroica, con todos los grandes visionarios que la han sembrado en su camino!

J. M. Vargas Vila

París, 1909.

Enrique Cazalis

(1840 - 1909)

La noticia de la muerte del Doctor Cazalis no ha sido una sorpresa para sus amigos. Su cuerpo se inclinaba cada vez más hacia la tierra desde hacía ya dos años, su cara había enflaquecido y, aunque conservaba la dulzura de sus profundos ojos, había perdido de su brillo la llama generosa que los iluminaba en otro tiempo.

Médico de un espíritu de rara elevación, conocía á fondo la medicina, y la ejercía con sencillez, aunque no fué ésa la principal preocupación de su vida. Tuvo durante toda su vida la pasión del Arte y el culto de la Belleza. Pero no era de los que se contentan con el goce egoísta que procuran el Arte y la Belleza á los que los aman tan sólo por el placer que les proporcionan. Los amaba por el bien que pueden hacer, por el aliento que proporcionan y por el ideal que pueden inspirar.

Quería embellecer el alma de las multitudes, cultivar el espíritu de los humildes, elevar poco á poco los sentimientos y las ideas de los desheredados de este mundo. Quería, para lograr todo esto, introducir el arte en la casa del pobre. Fué uno de los buenos obreros de ese gran movimiento que se inicia hoy y que quiere llevar más aire, más luz, más alegría y aún una verdadera y robusta belleza, á la habitación de los trabajadores, hasta ahora muy á menudo sórdida y concebida como para provocar la disolución de la familia obrera.

Como vivía en un país sublime, frente al lago divino cantado por Lamartine, sabía que Francia es bella y quería que continuase siéndolo.

Sufría al ver anuncios odiosos é industrias asesinas deshonrar los sitios más bellos de este país magnífico entre todos. Pero no se contentó con lamentarse en silencio de la indiferencia vergonzosa de los poderes públicos y de los crímenes de los vándalos. Fué uno de los fundadores de la sociedad para la protección de los paisajes de Francia, que es á la vez una manifestación de buen gusto y un esfuerzo de verdadero patriotismo.

Pero no se limitó á eso solamente la obra de Cazalis; se elevó más alto. Con el bonito nombre de Jean Lahor, que lleva en sí como un perfume de la India misteriosa, nos dió versos que se cuentan entre los más bellos, los más nobles y los más profundos que hayan salido del alma francesa hacia el fin del siglo de Hugo.

Sus inspiraciones más puras le vinieron de esa filosofía profunda que busca la felicidad suprema en la paz soberana de la nada, y si nos encontráramos en un tiempo en que los cultos en decadencia pudiesen volverse á levantar, él hubiera ido piadosamente á prosternarse al pie de los altares de Budha.

Y ahora ese médico completo, ese buen francés entusiasta por el arte y enamorado de la Belleza, ese ferviente poseído de los esplendores de la Naturaleza, ese poeta inspirado ha conquistado el reposo supremo. Pero antes de entrar para siempre en ese sueño en que no se sueña, en el que duerme ahora, tuvo la dicha de ser de los que comprenden que la única manera de vivir más allá de la tumba, no es la de llevar durante la eternidad infinita, la conciencia dolorosa de una existencia sin reposo y que no se propone ningún fin, sino la de permanecer viviente en el corazón de sus amigos y en el recuerdo de los hombres.

J. L. Faure

(Trad. y envío del Dr. Benjamín Hernández).

Vals de llanto

Is there not pity, seating on the clause
That sees into the bottom of my grief? ⁽¹⁾

SHAKESPEARE

Cada mañana, á las primeras luces del día que llega, un viejo mendigo se sitúa en el ángulo de

(1) No hay piedad, estipulada en la cláusula, que considere el fondo de mi dolor?

la sombreada calle implorando al paseante con el triste son de su organillo.

El viejo es una ruina: alto, enteco, de luengas barbas grises y melena abundosa que cae en rizos sobre sus sienes; la nariz afilada tiene un corte severo y sus ojos destellan un dolor profundo.

Cuando el viejo mendigo mueve el manubrio de su desquebrajado instrumento, las notas se deslizan de la sonora caja perezosas y angustiadas, sin que jamás un acento vivaz y enérgico emerja de su fondo, como si el mísero mendigo hubiera roto todos los guijos de la alegría y de la fuerza y solo hubiera dejado en el cilindro de su organillo los acordes solemnes y lentos de la decepción y del quebranto. A veces desgrana los tonos de un vals gemidor y triste que comienza pausado, incierto, cual si encerraran las invariables notas del pentagrama allí agrupadas, intensos sollozos que no tuvieron fuerza para estallar en blasfemias... Las notas surgen una á una, flébiles, angustiosas, con un ritmo vago y sugerente; se dilatan, se aquietan; luego, de la oquedad sonora del vetusto instrumento brotan de nuevo, cada vez más dolientes, más resignadas y angustiosas.

Diríase que el anónimo artista que compuso aquel vals había sentido con la fuerza aplastante de una experiencia irremediable, la inutilidad de todo esfuerzo, la impotencia del deseo, la ineficacia de la voluntad. Ese vals parece ser la amarga queja del vencido que ya no sueña en rebeliones ni alienta cólera; y el mendigo abrumado que carece de palabras desde hace tiempo, mucho tiempo; cuánto?... para exteriorizar su cuita ateneante, se vale de él expresando con las notas simpáticas del vals innominado la letal desesperanza que le acobarda y le enerva. Allí está, traducido por las notas del vals, la triste oscura historia de su vida, en que tantos cierzos han dejado sus frialdades y tantos desengaños sus amarguras implacables.

Ya no hay ira en las pupilas del viejo; como no hay júbilo en las notas del extraño vals. Or-

ganillo, mendigo, y sonata, unificados por el tiempo destructor, por la miseria y la angustia han ido perdiendo, poco á poco, la esperanza y la fe el mísero anciano, su vestidura de barniz la caja, su vigor el vals...

Y resuena en la calle la música turbadora; la mano del viejo mendigo gira trémula volteando el manubrio; su cabeza de lacia cabellera blanca se inclina sobre su pecho flácido y las notas escapan aisladas ó en grupos, lamentable todo, mendigo, vals, organillo, mientras los viandantes discurren á lo largo de la calle atareados, anónimos, indiferentes; indiferentes siempre ante aquella decrepita humanidad que implora, ante aquellas dolientes notas que sollozan al salir de la vieja caja. Y cuando las horas transcurren y el mendigo desolado no alcanza las migajas de una caridad casi siempre rehacia, sus ojos se vuelven á lo alto, y en el fondo de sus turbias pupilas, que horizontes de catástrofes empañaron para siempre, brilla un reflejo fugaz; su actitud parece transformarse: en su rostro surcado de arrugas un fugitivo resplandor esboza la elocuencia de un grito pronto á estallar... pero los hombros angulosos del viejo sinventura caen de nuevo en actitud de supremo desencanto; sus manos se pliegan y los ojos alzados hacia el cielo destellan el último y vago rayo de ilusión; sus párpados se entorñan y su cuerpo todo revela el supremo abatimiento de quien sabe que no ha de hallar, tras las nubes magestuosas que se ciernen allá arriba, una piedad que mire al fondo de su dolor inconsolado...

Arturo R. de Carricarte

(Envío del autor para este periódico. Desde Montevideo, en agosto de 1909).

Madre Melancolía

A tus exangües pechos, Madre Melancolía,
he de vivir pegado, con secreta amargura,
porque absorbí los éteres de la filosofía

y todos los venenos de la literatura.

En vano—fatigada de sed el alma mía—
sueña con una Arcadia de sombra y de verdura,
y con el don sencillo de un odre de agua fría
y un racimo de dátiles y un pan sin levadura.

Todo el dolor antiguo y todo el dolor nuevo
mezclado sutilmente en el espíritu llevo
con el extracto de una fatal sabiduría.

Conozco ya las almas, las cosas y los seres,
he recorrido mucho las playas de Citeres...
Soy tu hijo predilecto, Madre Melancolía!

Juan Ramón Molina

Retall

Así pensaba entonces. Mortal Melancolía
era ese pavoroso silencio en que te amé;
entonces ostentaba mi triste poesía
los férvidos arranques de Byron en la orgía
y las nostalgias íntimas de Alfredo de Musset.
Mas hoy... Qué hermoso cambio! Qué grata luz reflejas
con tus brillantes ojos! De fiesta está mi amor.
Al ver que ahora vuelvo, llamándote á tus rejas,
vencida me respondes: «Rindiéronme tus quejas,
ya escucho tus cantares... Avanza, trovador!»

Eduardo Ortega

(Envío de don Mario Sancho Jiménez).

Las Academias de la Lengua y los escritores

Si existiese una Academia de novelistas, tal vez deseara ser de ella, aunque no comprendo de qué podría servir. Pero en la Academia de la Lengua, qué falta hacemos los escritores? La Academia sólo sirve para «conservar» el lenguaje, y nosotros, con la ayuda del pueblo, que es nuestro maestro y nuestro modelo, servimos para inventar, para modificar, para ampliar la lengua.

Además, la mayoría de los escritores no sabemos gramática; pero sabemos escribir. Lo contrario de lo que les ocurre á los profesionales del lenguaje que conocen el origen de cada palabra y han inventado las reglas más minuciosas, pero

cuando toman la pluma, es para hacer dormir hasta á los más desvelados.

Los escritores no sabemos realmente gramática, como el ruiseñor no sabe música. El labriego que pasa cantando á la hora del crepúsculo, con una melancolía dulce que infunde á la naturaleza temblores de emoción, no conoce el pentagrama ni puede compararse con el ejecutante de ágiles zarpas que aporrea el piano y deja fríos á los oyentes. El mecanismo es una cosa: el arte, la sensación interna, otra cosa distinta. Vayan á las Academias los profesores de latín, los catedráticos de literatura y hasta los maestros de escuela, y sigamos los escritores escribiendo.

La Academia! En las naciones donde existe esta corporación, son más los escritores de renombre que han vivido fuera de ella que los que se sientan en los sillones, sirviendo como de acompañantes á personajes empingorotados cuyo nombre se olvida al día siguiente de la muerte.

Zola presentó su candidatura un sinnúmero de veces á la Academia, sin conseguir en cada elección más que dos ó tres votos. El vulgo tomó esta tenacidad como un deseo de ser académico. Error. Si hubiese deseado serlo de veras, no tenía más que abdicar, siguiendo el camino de los otros. El empeño de querer introducirse en la corporación sin encojerse, sin bajar la cabeza, fué una malicia de grande hombre testarudo, ganoso de demostrar con el ejemplo de una continua derrota el desacuerdo entre la Academia y un escritor original é independiente.

Daudet, el gentil Daudet, fué más gracioso en sus relaciones con la docta corporación. Despreció el ser académico y se cerró para siempre el camino escribiendo *El Inmortal*, novela en la que satiriza cruelmente á los fantasmones de la Academia, y demuestra la frivolidad é inutilidad de esta institución.

A Daudet no podían deslumbrarle mustios honores, como á todo escritor que ha vivido una vida política semioficial. El antiguo secretario de Morny, sabía lo que valen las casacas doradas y

los espadines de gala, que tanto deslumbran á los bohemios como Richepín, cuando se hacen viejos.

La Academia guardó á Daudet un odio salvaje de dama pretenciosa que se oye llamar vieja y fea.

Algunos admiradores del gran novelista, por malicia ó por ignorancia, le enviaban cartas con la siguiente dirección: «Alfonso Daudet, de la Academia francesa».

Y al recibirse estas cartas en la Academia, el secretario las devolvía á la dirección de Correos, anotando en el sobre, impávidamente «Nombre desconocido».

Vicente Blasco Ibáñez

Al pasar...

Hay un dolor que nos taladra al pecho
y nos llega hasta el alma de repente,
como la bala que en traidor acecho
rompe una vida, misteriosamente...

Y todo fue porque al pasar Teresa
nos miró con los ojos tentadores,
y al crujir de su falda la promesa
nos dejó de una carta y de unas flores.

Teresa es eso, la ilusión, cualquiera
cosa rosada y linda, mañanera
canción que nos levanta en un remoto
éxtasis... La que vino á nuestra alcoba,
y en la redonda mesa de caoba
dejó el recuerdo de su guante roto.

Luis Correa

(*Caja Ilustrado*, Caracas, 1º de agosto de 1909).

Poco observadoras

Una mujer nos hacía esta pregunta: «Por qué es que las dos últimas invenciones domésticas, el limpiador vácuo ⁽¹⁾ y la cocina sin fuego, objetos

(1) Aparato para absorber el polvo y otras suciedades menudas de la casa.

que pertenecen esencialmente á la mujer, han sido inventados por hombres? Es que las mujeres son mucho menos capaces que los hombres?»

Esta mujer debería haber citado también la máquina de cocer, los carritos para niños, el batidor rotatorio de huevos, la heladera, los alimentos para infantes—todos, inventos de los hombres! Y parece raro, por ser todas estas cosas del dominio de la mujer. Pero esto no es porque las mujeres «sean mucho menos capaces que los hombres»; una buena parte de la razón está en la poca importancia que dan las mujeres al lugar que ocupan en la vida. Hay mujeres tontas que viven constantemente cansadas de los deberes domésticos, y en cuanto á las inteligentes, algunas odian profundamente los trabajos domésticos y encuentran interés sólo en los placeres ó en empleos públicos y otras, por fin, toman las cosas como se les presentan y están contentas con hacer lo que sus madres hicieron. En esto se diferencian de los hombres progresistas que están siempre dispuestos á mejorar los métodos de sus padres. De un modo ó de otro las mujeres equivocan el significado de su papel. El servicio social que por naturaleza pertenece á ellas, es el trabajo más importante en el mundo. El bienestar de la sociedad depende del hogar. El arte de hacer un buen hogar comprende todas las profesiones y todas las ocupaciones y todo el mejoramiento moral.

El servicio del hogar puede hacerse mucho mejor de lo que es aplicando la ingeniosidad de la mujer. La mayor parte de las invenciones han sido hechas por aquellos que han usado sus ojos con atención. El vapor había salido por muchos años de los calderos, en las cocinas, en las narices de miles de mujeres, y sin embargo James Watt fué el primero en notarlo. Y él era un hombre! Otros hechos de esta ó de mayor importancia, aguardando que los descubran, están alrededor de las cocinas, como los diamantes que los niños de Sud Africa usaban en ciertos juegos.

La vida común es inmensamente interesante si uno le dedica un poco de cuidado y trata de apli-

car las cosas vulgares á usos desconocidos. Simplificar el servicio doméstico, reducir los gastos, manejar la casa de mejor modo, es contribuir al progreso social y á la felicidad de primera importancia. Cuando unas cuantas mujeres se hayan metido esta idea en la cabeza y hayan tomado el trabajo de la casa con más seriedad, oiremos cómo algunas mejoras domésticas vienen de su sexo y no casi por entero, como ahora, de los hombres.

(Editorial. Setiembre 1909. *The Ladies Home Journal*).

Vergüenza noble

Durante mi residencia en esta posesión ⁽¹⁾ estuve á punto de presenciar uno de esos actos atroces que solo pueden ocurrir en un país donde reina la esclavitud. A consecuencia de una querrela y de un proceso, el propietario estuvo á punto de separar á los esclavos varones de sus mujeres y de sus hijos para ir á venderlos en pública subasta en Río Janeiro. El interés y no un sentimiento compasivo fue quien impidió que se perpetuase este acto infame. Hasta creo que el propietario nunca pensó que pudiera ser una inhumanidad eso de separar así á treinta familias que vivían juntas desde muchos años; y, sin embargo, afirmo que su humanidad y su bondad le hacían superior á muchos hombres. Pero, en mi sentir, puede añadirse que no tiene límites la ceguedad producida por el interés y el egoísmo. Voy á referir una insignificante anécdota que me impresionó más que ninguno de los rasgos de crueldad que he oído contar. Atravesaba yo una balsa (laguna) con un negro más que estúpido. Para conseguir hacerme comprender, hablaba alto y le hacía señas; al hacerlas, una de mis manos pasó junto á su cara. Creyóse, me figuro, que estaba encolerizado y que iba á pegarle, pues inmediatamente bajó las manos y entornó los ojos, echándome una mirada

(1) Una finca á orillas del río Macae, en el Brasil.

temerosa. Nunca olvidaré los sentimientos de sorpresa, disgusto y vergüenza que se apoderaron de mí al ver á ese hombre asustado con la idea de parar un golpe que creía dirigido contra su cara. Habíase conducido á ese hombre á una degradación más grande que la del más ínfimo de nuestros animales domésticos.

Carlos Darwin

(*Mi viaje al rededor del mundo*, vol. I, pags. 34 y 35. Edición española de la casa F. Sempere y Cía., Valencia).

Contradicciones

Los que creen poder dominar su sensibilidad no la tienen.

Un *parvenu*, un perro sabio, igual estupidez.

Tienes un amigo? Escóndelo bien.

La memoria no nos es útil sin la inteligencia. Quien quiere crear debe saber olvidar.

El hombre hace participar á los demás sus penas, pero no sus alegrías.

Nada más siniestro y más peligroso que un hombre *convencido*.

Optimismo, ceguedad.

Me contradigo? Tengo la culpa de que mi ventana alegre y clara durante la mañana, se ponga triste y sombría en la tarde?

Sin renuncia no hay arte.

Hombre de experiencia significa: hombre al cual la impotencia y la senilidad impiden cometer tonterías.

El conocimiento perfecto de las ciencias esactas no impide poseer un espíritu falso.

Una persona entre diez mil preveía la victoria de los japoneses sobre los rusos. Esto demuestra el valor de la opinión general.

Eres misántropo? Es porque no estás contento de tí mismo.

Disciplina y método jamás harán de un cretino un hombre inteligente.

El ascetismo, sea debido á que el individuo no sienta deseos como los eunucos, sea que no los tenga ya como Francisco de Asís y Tolstoi, implica siempre una vitalidad debilitada.

Qué mérito concede el *cumplir con el propio deber*?
Cuestión de temperamento, algunas veces; ingenuidad, otras; necesidad, siempre.

Humildad, supremo orgullo.

El valor de una obra está en razón directa de la indignación que suscita entre las *gentes honradas*.

Vulgarización, cuando se refiere a la ciencia, significa ignorancia; cuando se trata de artes, quiere decir fealdad.

Muchas personas se declaran prontas al sacrificio. Cuán pocas son capaces de hacerlo en silencio!

Saber odiar es tal vez la más rara de las virtudes.

El esfuerzo es lo único interesante.

Mujer fiel, pájaro exótico.
Amigo fiel, quimera.

Para llegar á ser alguien en la vida es preciso ser ó muy rico ó muy pobre: muchos medios ó muchos deseos.

Castidad, impotencia; una misma cosa, la etiqueta es la que cambia.

Deseas ser fuerte? Este deseo demuestra tu incurable debilidad.

Conozco un amigo que, preocupado por el deseo de ser un hombre superior, un *superhombre*, para decir á la manera nietzscheana, cultiva en todas las formas su energía y se entrega, todas las noches, al opio que *destruye su voluntad*.

Contemplando la manera con la cual las madres educan hoy á sus hijas, se llega á creer que, en la sociedad moderna, la mujer no aspira sino á ser ó pavorreal ó cortesana.

Actualmente, es más fácil encontrar arte en un circo que en un teatro.

Democracia, mediocracia, burocracia, tres sinónimos del género feo.

Ni la moral ni la religión han impedido una mala acción. El católico se confiesa, se hace perdonar por el sacerdote y luego comienza de nuevo. El protestante, suprimiendo los gastos del culto, se absuelve á sí mis-

mo en nombre de la libertad de examen. Pueril é inútil comedia,

Sentimos siempre necesidad de ser esclavos de alguien ó de algo, aun cuando este alguien ó algo sea la propia sombra.

Lo que se llama *la moda* no tiene otro objeto que embellecer á los feos, es decir, á la mayoría. Lo mismo que la moral, no viste bien sino á los cerebros estropeados.

La alegría hace los héroes, no el dolor.

Púdico no significa inocente, al contrario.

Nada se parece tanto á un entierro como un matrimonio.

Para el hombre es un consuelo enfangarse en compañía como es una voluptuosidad el ser glorioso sin compañía.

La moral no es otra cosa que la utilidad. La abeja es un animal útil. Si me pica, la llamo nociva y la hago morir.

Desprecias á tus semejantes? Qué mal les has hecho?

Todo se imita, todo se finge, sobre todo lo natural.

El *respeto humano*? Se invoca el respeto humano cuando se quiere ocultar una infamia ó disimular una maldad.

Una misma mujer que los engaña, una misma enfermedad que los affige, estrechan, entre dos hombres, la amistad que los une.

El negro convertido al protestantismo se hace hipócrita. El negro convertido al catolicismo se vuelve alcohólico. Moral y religión no son artículos de exportación.

Es preciso desconfiar igualmente de las personas que todo lo comprenden y de las que nada comprenden.

El ridículo no hace morir sino lo que debe morir.

En París, lo que los parisienses conocen menos, es París.

Para ser héroe, no es necesario blandir una espada.

Muchas personas son consideradas como buenas porque no han tenido nunca el valor de ser malvadas.

El hombre moderado en todo será siempre una mediocridad.

Es más fácil llegar á lo sublime que á lo natural.

No hay quien, como las personas castas, imagine las peores obscenidades.

Prefiero una persona canalla franca á una honrada hipócrita.

El valor de un hombre puede determinarse considerando las amistades y los odios que provoca.

El verdadero sabio ignora la sabiduría.

Nadie como un avaro se parece á un pródigo. Ambos ignoran la utilidad del dinero.

Por qué saludas ese convoy fúnebre?

Uno responde: No lo se... la costumbre... la muerte... el respeto... además... todos lo hacen así...

Otro, un burgués gordo que revienta de egoísmo y de salud, contesta: Es un homenaje que rindo al dolor que pasa...

La religión que quiere ser tolerante pronto se declara en bancarrota. La religión no existe sin el fanatismo así como el amor no es amor sin los celos.

La verdadera felicidad se ignora á sí misma.

Cuántas personas se dicen artistas y prefieren Reutlinger á Rembrand!

La mayor parte de los padres exigen en sus hijos virtudes que ellos nunca han poseído.

La resignación, cuando la lucha es imposible, vale más que el esfuerzo impotente y que el suicidio imbécil.

Dar la culpa á la ley, al cielo ó á la vida, es de chiquillos y no de hombres.

Se estima mucho lo que irremediabilmente se ha perdido.

Los carneros tienen una ventaja que no poseen los hombres. Se les lleva al matadero sin hablarles de patriotismo ni del otro mundo.

El suicidio es la suprema afirmación de la *bondad del vivir*.

El orden es la pereza bien entendida.

Optimismo, hipocresía: hermanos gemelos.

Crear es prolongar la vida.

Dices: quiero, luego puedo. Es preciso decir: Puedo, luego quiero.

Carlos Regismanset (*)

(Trad. selección y envío de J. F. G., Bologna).

(*) El libro *Contradicciones* de Carlos Regismanset forma parte de la pequeña biblioteca *Scripta brevia*, que publica la casa Sansot de París.

Pensamiento, acción, vida

Pensamiento, acción, vida. Vivir para obrar. Laborar para disminuir indefinidamente la suma del mal, acrecentar la suma del bien. Conquistar la cumbre moral, la excelencia moral, la plenitud de la vida, á costa de desventuras, de lágrimas, de sangre. Tal es nuestra suerte, nuestra pasión, nuestra gloria. La historia de la naturaleza se compone de acontecimientos; la historia más verídica de los hombres está tejida de hechos, fruto de la inteligencia y de la voluntad. La ciudad se arruina; la humanidad se rehace. Se rehace y edifica. Edifica el mundo espiritual; el cosmos de la verdad, de la libertad, de la redención y del amor.

A. Graf

Quien teniendo la mano llena de verdades, no la abre, es un ladrón. Un prudente egoísmo puede conducir al escéptico á callarse; el amor fraternal debe impulsar al cristiano, digo al hombre, á que hable.—*Napoleón Rousset*. (1850).

Fin de una raza

En la Rusia del Norte, la tribu polar de los Samoyedos viene siendo gradualmente esterminada por los traficantes rapaces. El gobierno ruso se hace el que no ve en este asunto. Se dice que la esclavitud se haya abolida en Rusia, pero allí florece en toda su hermosura. Los Samoyedos han sido arruinados por traficantes sin escrúpulos que engañan, roban, oprimen, torturan sin traba alguna. El origen principal de estos infortunios es el reno. Antes poseían más de 2.500,000 cabezas. Hoy no tienen ni la mitad y á causa de la epidemia del último año, es probable que el número no llegue á 200,000. La cantidad de Samoyedos que ahora habita el valle de Petchora ha disminuido en un 75 % durante el último siglo.

(*The New Age*, abril 25, 1908).

CONTENIDO

de la Serie 1-10, Vol. 3

- Alberto I.**—Bárbaros y civilizados, p. 24.
Alfaro, Anastasio.—Las olominas, p. 132.
Amiel, E. F.—Ninguno de nuestros esfuerzos se pierde, p. 128.—Amos y bienhechores, p. 139.
Anónimo.—Un buen amigo, p. 15.—Mordedor mordido, p. 126.—El espejo, p. 132.—El hombre en el Jardín de Plantas, p. 159.—El sueño del Pachá, p. 167.—Hablad quedo, p. 240.—Poco observadoras, p. 278.—Fin de una raza, p. 285.
Aquino, Santo Tomás de.—La moral de la Iglesia ante los proletarios, p. 223.
Arolas, Juan.—Sé más feliz que yo, p. 150.
Barre, Wilkis.—Sed tolerantes, p. 52.
Blasco I., Vicente.—Las Academias de la Lengua y los escritores, p. 276.
Bolívar, Simón.—Máximas políticas, p. 58.
Borquez Solar, Antonio.—La oración del Huerto, p. 39.
Brand, Lies.—El arte y el niño, p. 12.
Brenes Mesén, R.—Examen de la obra «Estudios y Notas» de Juan B. Terán, p. 70; de la obra «Los Fragmentarios», de P. Sondereger, p. 103.—La planta enferma, p. 158.—El problema acerca de Shakaspeare, p. 241.
Butler Bowman, Ph.—La lección que la gatita enseñó, p. 118.
Coppee F.—Un evangelio, p. 187.
Correa, Luis.—Al pasar, p. 278.
Chambers W.—No seáis empleado público, p. 126.
Chesterfield Lord.—Espíritu de partido, p. 17.
Chocano, José S.—El agua pura, p. 179.
Darío Rubén.—La calumnia, p. 125.
Darwin, Carlos.—Vergüenza noble, p. 280.
De Campoamor, R.—La Opinión, p. 125.
De Carricarte, Arturo R.—Vals de llanto, p. 273.
De Frankenstein, A.—Inteligencia y corazón, p. 166.
De Góngora, Luis.—La más bella niña, p. 148.
De Gourmont Remy.—Una nueva ley científica, p. 98.—El valor de los diplomas, p. 223.
De la Barra, E.—Longino, p. 44.
De la Grasserie, R.—Lo que es preciso decir, p. 106.
De Musset, Alfredo.—Lucia, p. 238.
Desbordes-Valmore, M.—Las rosas de Saadí, p. 91.
Des Essarts, A.—Sobrevivirse, p. 91.
Díaz de Escobar, N.—Trinitaria, p. 140.
Díaz Mirón, S.—El fantasma, p. 43.—A un pescador, p. 163.

- Díaz Rodríguez, M.**—Celos, p. 61.
Dicenta, Joaquín.—El oro, p. 50.
Diderot.—El buen tirano, p. 22.
Echeverría, Aquileo J.—Telma, p. 127.—A la pereza, p. 193.
Escherich, K.—Las hormigas y sus costumbres, ps. 154, 183 y 238.
Faure, J. L.—Enrique Cazaliz, p. 272.
Fernández, Cayetano.—El Uno y el Dos, p. 136.
Flammarion, C.—El calor del Sol y la vida terrestre, p. 29.
France, Anatolio.—Las tablas de la ley, p. 260.
Gamboa, Isaías.—Ante el mar, p. 210.
García Monje, J.—Cuyeos y Majafierros, p. 227.
Garnier, José F.—Aquileo J. Echeverría, p. 172.
Gaulis Georges.—Abdul Hamid II, p. 85.—Las Matanzas de 1895-96 en Armenia, p. 88.
Gautier, Judith.—Abanico de Rayos, p. 169.
Gil, Ricardo.—Bondad, p. 129.
Graf, A.—Pensamiento, acción, vida, p. 285.
Guyau, M.—Trabajo y moralidad, p. 224.
Hamon, A.—Pensemos libremente, p. 188.
Harduin, H.—La olla tapada, p. 164.
Hartzenbusch, J. E.—Los caracoles, p. 119.
Ibsen, H.—Hombres políticos, p. 165.—Periodismo, p. 196.
Irving, W.—El sentimiento por los muertos, p. 225.
Jammes, Francis.—El hombre aquel... Un poeta de-cía..., p. 108.
Junqueiro, Guerra.—El entierro, p. 9.
Karr, Alfonso.—El diario, p. 25.
Kropotkin, P.—El periódico para niños, p. 194.
Lagouve, E.—La lección del jardinero, p. 52.
Lamaitre, Julio.—Madre, p. 261.
Letelier, Valentín.—La educación y la libertad, p. 49.
Loría, A.—Origen de la propiedad, p. 164.
Lugones, L.—El pájaro azul, p. 1.—La dicha de vi-
vir, p. 37.—La culpa suprema, p. 37.—La estrella
de los Magos, p. 39.—Dificultades de la enseñanza
infantil, p. 82.—El espíritu de Justicia, p. 139.—El
origen de las instituciones, p. 140.—La República
y la Escuela racionalista, p. 151.—El funcionario y
los ideales, p. 222.
Macaulay.—La virtud que el mundo necesita, p. 26.
Marinetti, F. T.—El futurismo, p. 255.
Martínez R., José.—Mi primer amor, p. 167.
Martínez Sierra, G.—Preludio, p. 234.
Masferrer, A.—Para los jóvenes, p. 161.
Mata, Andrés.—Música triste, p. 178.
Matheu French, V.—Las campanillas, p. 139.
Mendes, Catulo.—El león, p. 90.
Nichaud, Gustavo.—Análisis de la leche sin aparatos, p. 146.
Molina, J. Ramón.—Madre melancolía, p. 276.
Montalvo, Juan.—Esa aduana del pensamiento, p. 195.

- Lo urgente, p. 222.
- Morselli, E.**—La Historia Sagrada en la Escuela primaria, p. 14.
- Naquet, Alfredo.**—Contra el asesinato de los vencidos, p. 252.
- Ogg, F. A.**—Hay pan para todo el mundo, p. 191.
- Ortega, Eduardo.**—Retall, p. 276.
- Palacio Valdés, A.**—Moral Católica, p. 166.
- Palma, Ricardo.**—Contra pereza, diligencia, p. 114.
- Payot, E.**—Los maestros y la higiene popular, p. 44.
- Pérez Triana, S.**—La peor de las conspiraciones, p. 20.
El patíbulo político es infame, p. 79.
- Peza, Juan de D.**—El nido, p. 122.
- Picard, Edmond.**—En rebaño ó aislado?, p. 50
- Platis, María (Iolanda).**—Elsa, p. 205,
- Ramos Carrión, M.**—El borriquito, p. 115.
- Reclus, Eliseo.**—Lo que suministra la mujer, p. 51.
- Regismanset, Carlos.**—Contradicciones, p. 281.
- Renard, Jules.**—El buen rico, La pareja de ancianos, p. 109.—El sapo, p. 110.—Los murciélagos, p. 111.—La cabra, La ardilla, El papagayo, p. 112.
- Ricciardeto.**—El pequeño Víctor, las peras y el temblor, p. 127.
- Ricchieri, G.**—Utilidad de los bosques, p. 31.—El desierto da Sahara, p. 149.
- Richepin, J.**—El tesoro de los pobres, p. 120.
- Rivas Frade, R.**—Diamantes, p. 11.
- Rousseau, J., Jacobo.**—El castigo, p. 54.
- Rubio, Vicente.**—La limosna, p. 119.
- Sienkiewicz, E.**—Los dos campos, p. 145.
- Silva Víctor, D.**—Lo que me dijeron las espigas, p. 74.
- Silvestre, Armand.**—La Rosa de Hoel, p. 92.
- Souvan, Louise.**—Los tres deseos, p. 123.
- Spencer, Herbert.**—Contra el militarismo, p. 259.
- Stall, Silvanus.**—Proponeos un fin noble, p. 139.
- Stevenson, Luis R.**—Los niños de la linterna, p. 3.—El credo del hombre conforme, p. 53.
- Stoll Elisabeth.**—Pilo y el Enano, p. 129.
- Swan Carlos.**—Quién es noble? p. 137.
- Taft, W. H.**—No os descorazonéis, p. 136.
- Teran, J. B.**—Estudio de la obra *Grandeza y Decadencia de Roma*, de G. Ferrero, p. 72.—La generosidad del árbol, p. 132.
- Tolstoy, Leon.**—La escuela libre, p. 194.—Cuanto más autoritario menos amado, p. 224.
- Tristán José. F.**—Las libélulas, p. 215.
- Urso Mario.**—El Eter, p. 265.
- Vargas Vila, José M.**—La Mentira de la Historia, ps. 179, 212, 249 y 269.
- Varios.**—Pensamientos, Máximas y Variedades, en todos los números de la serie.
- Wagner R.**—Lohengrin, p. 197.
- Zeledón, José M^a**—Hermanos! p. 267.

La reputada Casa Editorial F. Sempere y Compañía, de Valencia, nos ha remitido once nuevos libros, todos los cual más interesantes:

El fantasma del separatismo, por Antonio Corton. El interesante problema del separatismo catalán, que tanto ha apasionado los ánimos, trátalo el señor Corton, distinguido cronista de *El Liberal*, con gran imparcialidad y conocimiento de causa, pues el autor ha residido una larga temporada en Cataluña, estudiando sobre el terreno, bajo todos sus aspectos, tan complicado problema.

* * *

El alma de los perros, por Juan José de Soiza Reilly. Es el autor discípulo aventajadísimo de la escuela nietzscheana, y á pesar de su estilo seco y duro, es tal la abundancia de pensamientos, bellísimos unos, profundos casi todos, que indudablemente el señor Soiza Reilly está llamado á ocupar un puesto elevadísimo en la literatura contemporánea.

* * *

La Burguesía y el Proletariado, por José Prat. Este batallador publicista, que ha estudiado á fondo los problemas sociales bajo todos sus aspectos, da gallarda muestra de ello en la presente obra, que es un interesante y acabado trabajo sobre el régimen sindical, asunto que está siendo objeto de acaloradas discusiones entre los que se ocupan de mejorar la condición social del proletariado.

* * *

El atraso de España, por John Chamberlain. El autor ha residido largo tiempo en España y ha hecho un completo y minucioso estudio de nuestras instituciones sociales y políticas, nuestra agricultura, industria, comercio, etc., con tal fidelidad y desapasionamiento, que parece imposible sea la obra de un escritor extranjero, aunque de tan alto renombre como Chamberlain.

Su amor á España y su deseo de que ésta ocupe el lugar que le corresponde en el concierto europeo, le hacen ser severo en sus juicios, aunque siempre justo, y si pinta con colores sombríos nuestro estado actual, señala las causas que lo producen y profetiza un brillante porvenir á nuestra nación el día que logre estirpar de raíz los dos cánceres que la corroen: el caciquismo y el clericalismo.

La traducción directa del inglés está admirablemente hecha por el notable escritor que firma con el seudónimo de *Cazalla*.

* * *

William Shakespeare, por Víctor Hugo. El inmortal autor de *Hamlet* no pudo encontrar mejor cantor de sus glorias que el inmortal autor de *Nuestra Señora de París*: un genio del presente rindiendo homenaje de admiración á un genio del pasado.

William Shakespeare, muy poco conocida en España, es un canto á la poesía de todos los países y de todas las épocas, un canto épico, un canto... de Víctor Hugo.

El distinguido escritor y diputado á Cortes señor Aura Boronat ha hecho una traducción esmeradísima.

* * *

Del batallador escritor ruso Máximo Gorki son los cinco volúmenes siguientes, que completan la colección de los ya publicados por esta casa, y de los que no nos permitimos emitir juicio, pues basta el nombre del autor para juzgar la obra:

Estudios filosóficos y sociales.

Los hijos del Sol (drama).

Los bárbaros (drama).

En América, estudio del estado actual del proletariado en Norte América.

En *Entrevistas*, simulando interviús con los principales soberanos europeos, describe Gorki el estado de servidumbre á que se halla reducido el proletariado en Europa.

* * *

La indigencia espiritual del sexo femenino, por Roberto Novoa. Esta tan debatida cuestión, en la que han intervenido las principales celebridades mundiales, la plantea el señor Novoa de un modo nuevo, y por medio de cuadros gráficos demuestra que en el sexo femenino pierden los órganos reproductores de la especie lo que pueda ganar el cerebro, sin que por esto sea capaz de llegar la mujer á los linderos del genio.

Editor: — GARCÍA MONJE